



Barrio de San Roque

# Los "riscos" de LAS PALMAS, vistos por Vinicio Marcos

**D**icen que aquellas cuevas fueron habitadas por los isleños aborígenes con anterioridad a la conquista de Gran Canaria. Y ello es verosímil si tenemos en cuenta el habitat troglodita prehispánico en otros puntos de la isla, en donde la población vivía en cuevas naturales y excavadas en las laderas que bordean valles y barrancos. Estos *riscos* que flanquean la desembocadura del Guinguada habrían podido servir de emplazamiento a un núcleo de la antigua población, que gozaría de un clima templado, aprovechamiento del agua del barranco durante parte del año, posibilidades de pescar y mariscar en el litoral y, también, de cultivar sus sementeras en las márgenes de ese riachuelo que salía al mar entre un frondoso palmeral. Por lo demás, la existencia de un cementerio aborigen —hoy desaparecido— en las escorias volcánicas de la Isleta denota la presencia de una población prehistórica en la punta del noreste grancanario.

Lo cierto es que, históricamente, estos *riscos* comenzaron a poblarse por

las familias más menesterosas en el siglo XVII. Quizás los primeros habitantes de los suburbios de Las Palmas utilizaran las cuevas de sus predecesores. Es, también, posible que fueran ellos quienes abrieran esas covachas y levantarán pobres habitáculos, lo que hoy llamamos chabolas, que les proporcionarían el hogar más elemental y les protegerían de las inclemencias del tiempo. El lugar era el ideal y el único para quienes —criados, arrieros y artesanos pobres, jornaleros, pescadores, descendientes de esclavos y población marginada— tenían su mísera subsistencia en la ciudad, pero carecían de medios para vivir en el centro cerrado y amurallado. Dentro de las murallas todos los terrenos tenían su propietario. Fuera de aquéllas se corría el peligro de sucumbir ante un ataque de piratas y armadas de otras banderas. Los *riscos* estaban cerca de la ciudad y desde sus atalayas se dominaba el mar y se podía pasar con ventaja hacia el interior de la isla. Además, el castillo del Rey, contruido en el siglo XVII, era un sólido baluarte que proporcionaba segu-

ridad frente a cualquiera invasión.

Así se fueron poblando los *riscos* que ya a principios del siglo XIX albergaban la tercera parte de la población de Las Palmas de Gran Canaria. Antes sólo existían al pie de aquellas laderas varios ingenios de azúcar y varios molinos de harina y, por supuesto, las blancas ermitas de San Nicolás, San Roque, San Juan y San José, de las que tomaron sus respectivos nombres. Y así surgió la ciudad cubista: casas terreras de la más sencilla construcción, escalonadas en las laderas conforme al más ortodoxo urbanismo árabe. Con el tiempo la modesta urbanización fue cerrando líneas hasta componer la estampa más pintoresca en el *habitat* de Las Palmas de Gran Canaria. Ayer, y aún hoy, los visitantes europeos han puesto sus ojos en esta singular concepción de los barrios populares de Las Palmas. Elizabeth Murray, esposa de un cónsul inglés en Canarias, describía así la vista contemplada desde el antiguo puente de Verdugo: “Hay algo particularmente exótico en el aspecto de la ciudad, vista



desde esta posición. En invierno, una corriente de agua procedente de las montañas fluye por el barranco, que está cruzado por un elegante puente construido por uno de los obispos anteriores. Las casas, que en esta dirección son de las mejores de la ciudad, están hermosamente salpicadas de naranjos y palmeras. Muchas mujeres van a lavar a este arroyo que corre por el barranco. En un lado del barranco se levanta la catedral de Santa Ana. Aunque sin terminar, es un edificio marcadamente elegante y de aspecto noble. Al otro lado se puede observar un anfiteatro de cuevas, algunas de las cuales, probablemente, sirvieron antiguamente de refugio a los aborígenes, mientras que otras son más recientes. Los habitantes más pobres, quienes igual que sus antecesores guanches son todavía semitrogloditas, habitan estas no muy agradables moradas. A lo lejos puede verse la cordillera azul de los Pechos coronando el paisaje. En conjunto, la vista es desde luego única y encantadora”. Y los prosistas isleños que quisieron calar en la idiosincrasia popular ambientaron cuentos y relatos en los *riscos*. Tal, Pancho Guerra en varios de los episodios de *Pepe Monagas* o Víctor Doreste en “Faycán”.

Aunque sus pinturas no tienen personajes, J. Oramas captó perfectamente la visión cubista del *risco* de San Nicolás, subrayando el intenso colorido de la edificación. Porque los *riscos* han

sido, como han observado los artistas Félix Juan Bordes y Crujera, una viva muestra del colorido en la arquitectura, algo olvidado en la edificación moderna. Tampoco hay personajes en los numerosos lienzos que otro artista de raíces populares, Vinicio Marcos, ha dedicado a nuestros *riscos*, a través de los cuales ha profundizado en la realidad estética y social de la antigua periferia de Las Palmas.

Vinicio Marcos presentó sus pri-

meras pinturas de los *riscos* a principios de los años cuarenta. Desde entonces hasta el presente su producción sobre este tema es numerosa y variada. Desde las captaciones de conjunto —como la del magnífico óleo del barrio de San Roque, coronado por la Casa de los Tres Picos— hasta los detalles de estrechas y pendientes callejuelas, del pincel del artista han salido infinidad de lienzos que nos proporcionan una perfecta definición del carácter de los *riscos*.



Calle de la  
Cruz, San  
Juan

Vega  
de  
San  
José

San  
Roque



Oramas los vio desde fuera, desde la perspectiva estética, desde el planteamiento primario y puro del color. Vinicio Marcos asume también sus valores estéticos, pero, además, penetra en su verdad social. Este artista asciende por las tortuosas pendientes de San Nicolás y de San Juan, se introduce en los angostos callejones y alcanza las hermosas

panorámicas que se divisan desde las cimas de las colinas. Aunque no la vemos, los óleos de Vinicio nos declaran la realidad social que hay detrás de cada puerta y en medio de cada calle. Interpretando sus pinturas de los *riscos* comprendemos con nitidez la verdad que se halla tras las plásticas imágines.

El dilatado periodo de tiempo

dedicado por el artista a plasmar los *riscos* de Las Palmas confiere, por otro lado, a sus pinturas sobre el tema un valor documental. Varios de los rincones recogidos en estos cuadros han desaparecido o han sufrido transformaciones que alteraron su antigua estampa. Y algunas panorámicas generales, como la citada y aquí reproducida del conjunto



◀ Calle de San Nicolás

de San Roque, ofrecen hoy una imagen distinta y mucho menos pintoresca que la reflejada por Vinicio. Referido a los suburbios históricos este valor documental se acrecienta, por tratarse de elementos urbanos que, a pesar de su imposible asimilación, prosiguen un visible proceso de densificación.

En su carrera de pintor Vinicio

Marcos, hombre de mar, ha dedicado, igualmente, notable parte de su obra a las estampas marinas, especialmente a las marinas del litoral de Gran Canaria, con sus mariscos y arrecifes sobresaliendo entre las blancas espumas. También ha prestado atención al paisaje rural y, recientemente, a un elemento folklórico y de gran valor plástico como las tra-

dicionales peleas de gallos. Pero nosotros destacaríamos, por encima de todo, su madura y elaborada plasmación de los barrios populares de Las Palmas y podríamos decir que Vinicio es el pintor por excelencia de los viejos *riscos* de esta ciudad.

Alfredo Herrera Piqué